

LA
OFERTA DE
MATRIMONIO

La oferta de matrimonio

Título original: *The Matrimonial Advertisement*

© 2022 by Mimi Matthews

© de la traducción: Laura Fernández

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
<https://www.facebook.com/librosdeseda/>
[@librosdeseda](https://www.facebook.com/librosdeseda/)
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de la cubierta: : © Ildiko Near/Trevillion Images

Primera edición: junio de 2023

Depósito legal: M-17471-2023

ISBN: 978-84-19386-11-3

Impreso en España – Printed in Spain

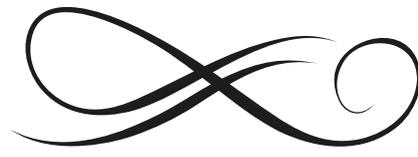
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

MIMI MATTHEWS

LA
OFERTA DE
MATRIMONIO

Libros de
seda

En memoria de Orson y Jude.



CAPÍTULO 1

Norte de Devon, Inglaterra
Septiembre de 1859

Helena Reynolds cruzó la abarrotada taberna asiendo la bolsa de viaje con las manos temblorosas. El King's Arms no era más que una pequeña posada de la carretera costera del norte de Devon, pero a ella le dio la impresión de que todos los hombres de Dios se habían reunido allí para tomar una pinta. Notaba cómo todos le clavaban los ojos a medida que se iba internando por entre donde estaban. Algunos solo la miraban con curiosidad. Pero otros le estaban dando un buen repaso.

Reprimió un escalofrío. Su vestido de viaje a rayas grises no era nada seductor, sin embargo, se había esforzado, desde luego, por estar presentable. A fin de cuentas, una no conocía a su futuro marido todos los días.

—Disculpe, ¿puedo ayudarla? —le preguntó el posadero apostado tras la barra atestada de clientes.

—Si es tan amable, señor.

Apretó con fuerza las asas de la bolsa de viaje y se acercó a la altísima barra. En uno de los extremos había un hombre muy alto disfrutando de su bebida. Era un tipo alto y musculoso ataviado con un gabán de lana negra; tenía el rostro parcialmente oculto por el cuello de la camisa, que llevaba levantado, y la altísima chistera que le ensombrecía los

ojos. Ella se coló por el diminuto espacio que quedaba junto al tipo y las espesas enaguas y el miriñaque que vestía susurraron con energía al rozarse con la pierna del desconocido.

Bajó la voz para dirigirse al posadero.

—He venido a ver...

—¡Blevins! —aulló un hombre desde el otro extremo del local—. ¡Sirvenos otra ronda!

Antes de que Helena pudiera protestar, el posadero la dejó para atender a sus clientes. Se quedó mirándolo, impotente, frustrada. La esperaban a la una en punto. Y ahora, después de haberse confundido en la estación de trenes y del retraso de la diligencia —echó una inquieta ojeada al pequeño reloj que llevaba prendido al corsé—, ya eran casi las dos y cuarto.

—¡Señor! —llamó al posadero. Se apoyó en las puntas de sus botines tratando de llamar la atención del tabernero—. ¡Señor!

Él hombre no le hizo caso. Estaba charlando con el cochero en la otra punta de la barra mientras llenaba cinco jarras con cerveza. Ambos se reían con la complicidad de quienes son viejos amigos.

Resopló indignada. Estaba acostumbrada a que no le hicieran caso, pero aquello pasaba de castaño oscuro. Toda su vida dependía de lo que sucediera en los próximos minutos.

Miró a su alrededor buscando a alguien que pudiera ayudarla y posó los ojos sobre el caballero que seguía a su lado. No parecía ser un tipo particularmente amable; sin embargo, era considerablemente alto y no le cabía duda de que su voz sería igual de imponente que su estatura.

—Disculpe, señor. —Le tocó suavemente el brazo con una de las manos enguantadas. Él tensó los músculos bajo los dedos de ella—. Lamento molestarle, pero le importaría llamar al...

El hombre levantó la cabeza separándola del vaso y, muy despacio, se volvió para mirarla.

Helena se quedó sin palabras.

Aquel tipo tenía la piel quemada. Mucho.

—¿Requiere usted de mis servicios, señora? —le preguntó en voz baja y empleando un tono educado en extremo.

Se quedó mirándolo fijamente mientras la primera impresión que había tenido al verlo iba cambiando de un segundo a otro. A pesar de la gravedad de las quemaduras que tenía, estas solo ocupaban la parte inferior derecha de su rostro, dibujando un camino que iba desde la mejilla al cuello y un poco más; no había duda de eso. En el resto de la cara, una cara severa de barbilla cincelada y nariz aguileña parecida al pico de un halcón, prácticamente no tenía marcas. No solo no las tenía, es que además, con ese pelo negro y esos ojos grises resultaba, en realidad, un hombre tremendamente apuesto.

—¿Me ha pedido algo? —volvió a preguntar con voz áspera.

Ella parpadeó.

—Sí. Disculpe. ¿Le importaría llamar al posadero? No consigo...

—¡Blevins! —gritó el caballero.

El posadero interrumpió su ruidosa conversación y regresó a aquel extremo de la barra.

—Esta dama desea hablar contigo.

—Gracias, señor —dijo Helena. Pero el caballero ya se había vuelto a concentrar en su bebida olvidándose de ella sin mediar palabra.

—¿Sí, señora? —preguntó el posadero.

Helena dejó de pensar en el apuesto, y bastante maleducado, desconocido que seguía a su lado, y volvió a dirigirse al responsable del local.

—Debía reunirme aquí con alguien a la una en punto. ¿Un tal señor Boothroyd? —Se dio cuenta de que el caballero sentado a su lado se ponía tenso, pero no le prestó atención—. ¿Sabe si sigue aquí?

—Es otra de las que vienen para Boothroyd, ¿no? —El posadero la miró de arriba abajo—. Pues no se parece usted mucho a las demás.

Se puso seria.

—¿Ah, no? —preguntó con la voz apagada—. Entonces, ¿ha habido otras?

—Claro. Boothroyd está con la última ahora mismo.

—¿La última?

No se lo podía creer. El señor Boothroyd le había dado la impresión de que ella era la única mujer con la que se carteaba el señor Thornhill. Y aunque no lo fuera, ¿qué clase de hombre entrevistaba a candidatas

a esposa para alguien que entrevistaría de la misma manera a posibles candidatas para ocupar un puesto de doncella o cocinera? Hacerlo así era sin duda de mal gusto, desde luego.

¿El señor Thornhill estaría al corriente de lo que estaba haciendo su administrador?

Enterró ese pensamiento en lo más profundo de su mente. Ya no estaba a tiempo de ponerse a dudar.

—Aunque así sea, señor, lo cierto es que he hecho un viaje muy largo y estoy convencida de que el señor Boothroyd querrá verme.

En realidad no estaba segura del todo. Solo conocía al señor Finchley, el simpático y joven abogado de Londres. Había sido él quién la había convencido de que fuera a Devon. Hasta ahora, la única interacción que había tenido con el señor Boothroyd y el señor Thornhill se había limitado a las cartas, unas cartas que llevaba bien dobladas junto al resto de sus cosas en la bolsa de viaje.

—Supongo que sí.

—Exactamente. Y ahora, si es tan amable de informar al señor Boothroyd de que he llegado, le estaría muy agradecida.

El tipo que seguía a su lado se terminó la cerveza de un trago y a continuación estampó el vaso sobre la barra.

—Yo la acompañaré.

Helena observó asombrada cómo el hombre se levantaba, pues era verdaderamente alto. Cuando la fulminó con la mirada, ella esbozó una sonrisa temblorosa.

—Debo darle las gracias de nuevo, señor. Ha sido usted muy amable. Él le clavó los ojos.

—Por aquí.

Y a continuación, y sin volverse una sola vez, partió en dirección al vestíbulo.

Ella lo siguió agarrando con fuerza la bolsa de viaje que llevaba. Se le había acelerado el corazón y el latido le llegaba hasta los oídos. Rezó para no desvanecerse antes de llegar a la entrevista.

El caballero llamó una sola vez a la puerta que conducía a una sala privada. Abrió un hombrecillo de pelo cano con anteojos. Miró al

caballero, frunció el ceño y, a continuación, y todavía enfurruñado, desvió la mirada para centrarse en Helena.

—¿El señor Boothroyd? —preguntó la joven.

—Yo soy el señor Boothroyd —anunció—. Y supongo que usted será la señorita Reynolds.

—Sí, señor. Ya sé que llego imperdonablemente tarde a mi cita... —En ese momento vio a una mujer que se levantaba de una de las sillas de la sala privada. Una mujer que la miró alzando la barbilla y dando a entender, con la expresión de su cara, lo que no podía decir con palabras—. Ah —susurró Helena. Y entonces pareció que la diminuta llama de esperanza que había estado alimentando aquellos últimos meses, se apagó—. Ya ha encontrado a otra.

—Verá, señorita Reynolds... —la interrumpió el señor Boothroyd con cara de consternación mientras aquel caballero tan alto pasaba por su lado al entrar en el salón. Se quitó el sombrero y el gabán y se dispuso a tomar asiento junto al generoso fuego que ardía en la chimenea.

La mujer lo miró asombrada.

—¡Señor Boothroyd! —siseó corriendo hacia el anciano caballero—. Pensaba que estábamos en un salón privado.

—Y así es, señora Standish. —El señor Boothroyd consultó su reloj de bolsillo—. O lo era, hasta hace media hora. Pero no se preocupe. En cualquier caso nuestra entrevista ha finalizado. Ahora, si es tan amable de...

Helena no escuchó el resto de la conversación. Lo único que era capaz de oír era el ruido de los latidos de su corazón. No sabía por qué se había quedado. Tendría que subirse al tren y seguir hasta Cornwall. ¿Y después qué? Lanzarse al vacío desde lo alto de un acantilado, suponía. No tenía otra salida. ¡Oh, qué necia había sido al pensar siquiera que aquello funcionaría! Ojalá Jenny nunca hubiera visto el anuncio en el periódico. Así hubiera sabido hacía meses que solo había una forma de escapar de aquel maldito lío. ¡Jamás habría tenido esperanzas!

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se dio media vuelta murmurando una disculpa para el señor Boothroyd mientras se marchaba.

—¿Señorita Reynolds? —la llamó el señor Boothroyd—. ¿Ha cambiado de parecer?

Se volvió confundida y vio que la otra dama se había marchado y que el señor Boothroyd aguardaba solo en la entrada. Sentado junto al fuego, el altísimo caballero agitó las hojas del periódico, aparentando no estar interesado en ninguno de ellos.

—No, señor —repuso.

—Si es tan amable de sentarse... —Hizo un gesto en dirección a una de las sillas que rodeaban una mesita. Sobre ella descansaba un montoncito de papeles y algunos utensilios para escribir. La joven le vio rebuscar entre ellos mientras se sentaba—. Espero que haya tenido un viaje tolerable.

—Sí, gracias.

—¿Ha venido en tren desde Londres?

—Así es, señor, pero solo hasta Barnstaple. El señor Finchley me consiguió un pasaje en un diligencia en la que pudiera hacer el resto del trayecto. Es uno de los motivos por los que llego tarde. Un faetón había volcado en la carretera y el cochero ha parado para ayudar al conductor.

—¿Uno de los motivos dice?

—Sí, yo... perdí el tren anterior en la estación —confesó—. Estaba esperando en el andén equivocado y... cuando me di cuenta de mi error el tren ya había partido. Me vi obligada a cambiar el billete y tomar el siguiente.

—¿No la acompaña ninguna doncella? ¿No viaja con nadie?

—No, señor. He viajado sola.

Tampoco había tenido elección. Jenny había tenido que quedarse en Londres para ocultar su ausencia tanto tiempo como le fuera posible. Aunque había considerado la posibilidad de contratar a alguien que la acompañara, no había tenido tiempo y tampoco disponía de mucho dinero. Además, no sabía en quién confiar.

El señor Boothroyd seguía rebuscando entre sus papeles. Helena se preguntó si le estaría prestando atención.

—Ah. Aquí está —dijo por fin—. Su primera respuesta al anuncio. —Sacó una carta redactada con letra pequeña y pulcra que enseguida reconoció, pues era la suya—. Además de la carta del señor Finchley de Londres con quien se reunió usted el día quince.

El anciano examinó la carta con el ceño fruncido.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

—Desde luego. Dice que tiene usted veinticinco años. —El señor Boothroyd bajó la carta—. No parece que tenga usted veinticinco años, señorita Reynolds.

—Le aseguro que así es, señor. —Empezó a desatarse los lazos del gorrito gris que utilizaba para viajar. Cuando consiguió deshacer el nudo, a pesar de lo que le temblaban los dedos, se lo quitó, enroscó los lazos alrededor la prenda y la dejó sobre la bolsa de viaje. Cuando levantó la vista advirtió que el señor Boothroyd la miraba fijamente—. Siempre parezco mucho más joven con el sombrero. Pero como puede ver, soy...

—Joven y hermosa —murmuró con desaprobación.

Ella se ruborizó y miró nerviosa al hombre que aguardaba junto al fuego. Gracias a Dios no parecía que los estuviera escuchando. Sin embargo, ella se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—¿El señor Thornhill no quiere una esposa bonita?

—Esto no es Londres, señorita Reynolds. La casa del señor Thornhill está apartada. Aislada. Lo que él busca es una esposa capaz de vivir en un entorno solitario. Que sepa llevar su casa y garantizar su comodidad. Una mujer fuerte y capaz. Motivo por el cual el anuncio especificaba que se prefería una viuda o una solterona de más edad.

—Sí, pero yo...

—Lo que el señor Thornhill no quiere —prosiguió— es una jovencita romántica que sueña con bailes y apuestos pretendientes. Si se casara con una criatura así de frívola sería un desastre.

Helena se enojó.

—Eso no es justo, señor.

—¿Disculpe?

—No soy ninguna romántica. Nunca lo he sido. Y con todo el respeto, señor Boothroyd, usted no tiene ni idea de qué sueño. Si yo deseara bailes, vestidos o... frivolidades... jamás hubiera respondido al anuncio.

—¿Y qué espera conseguir con este acuerdo, señorita Reynolds?

Entrelazó las manos con firmeza sobre el regazo para conseguir que dejaran de temblarle.

—Seguridad —respondió con sinceridad—. Y quizá... un poco de amabilidad.

—¿Y no encuentra un caballero que reúna esas dos cosas en Londres?

—No quiero vivir en Londres. En realidad, quiero estar lo más lejos posible de esa ciudad.

—¿Y sus amigos y familiares...?

—Estoy sola en el mundo, señor.

—Entiendo.

Lo dudaba mucho.

—Señor Boothroyd, si ya se ha decidido por una candidata mejor...

—No hay nadie más, señorita Reynolds. De momento es usted la única candidata que ha recomendado el señor Finchley.

—Pero la mujer que estaba aquí antes...

—¿La señora Standish? —El señor Boothroyd se quitó las gafas—. Ella ha venido por el puesto de ama de llaves en la abadía. —Se frotó el puente de la nariz—. Lamentablemente, nos cuesta mucho conservar a los buenos empleados. Es algo que debe saber si tiene intención de quedarse.

Ella suspiró muy despacio.

—El ama de llaves. Claro. Qué tonta. El señor Thornhill ya me comentó en sus cartas que tenían dificultades con el servicio.

—Me temo que se ha convertido en todo un desafío. —El señor Boothroyd volvió a ponerse los anteojos—. No es solo que la casa en que vive esté aislada, sino que además tiene cierta reputación. ¿No habrá oído por casualidad...?

—Me ha llegado algo. Pero el señor Finchley me dijo que no eran más que supersticiones de ignorantes.

—Así es. Sin embargo, señorita Reynolds, no tardará en descubrir que la ignorancia por aquí no escasea.

Eso no le preocupaba.

—Me gustaría verla.

—Sí, sí. Todo a su debido tiempo.

—Y me gustaría conocer al señor Thornhill.

—Por supuesto. —El señor Boothroyd volvió a rebuscar entre sus papeles. A la joven le sorprendió advertir que el anciano se ruborizaba

un poco—. Solo quedan uno o dos puntos por aclarar, señorita Reynolds. —Carraspeó—. Supongo que sabrá que... Es decir, espero que el señor Finchley le explicase... que este matrimonio deberá ser un matrimonio de verdad, con todo lo que ello implica.

Lo miró y frunció el ceño, confundida.

—¿Qué otra clase de matrimonio iba a ser?

—¿Y está usted de acuerdo?

—Claro.

El hombre no trató de ocultar su escepticismo.

—Hay muchas damas que considerarían esta clase de acuerdo completamente desprovisto de romanticismo.

Helena no lo dudaba. Hubo un tiempo en que ella también se hubiera opuesto a una perspectiva semejante. Pero ese último año habían cambiado muchas cosas, en especial los últimos meses. Cualquier fantasía femenina que hubiera podido albergar sobre el amor verdadero había muerto. Y ahora lo único que le quedaba era un pragmatismo despiadado.

—No estoy buscando una relación romántica, señor Boothroyd. Solo bondad. Y el señor Finchley dijo que el señor Thornhill era un buen hombre.

El señor Boothroyd pareció sorprenderse al oír aquello.

—¿Eso dijo? —murmuró—. ¿Y qué más le dijo si no le importa que le pregunte?

Ella vaciló un momento antes de repetir lo que le había confiado el señor Finchley. Unas palabras que la habían convencido de una vez por todas para viajar hasta la ciudad costera de Devon, conocer allí a su futuro esposo y casarse con él, aunque fuera un desconocido.

—Me dijo que el señor Thornhill había sido soldado y que sabía cómo mantener a salvo a una mujer.



Justin Thornhill volvió a mirar con aire reflexivo a la pálida belleza morena que estaba sentada ante Boothroyd. Era delgada pero de formas

bien torneadas, y el modesto vestido de viaje que llevaba no ocultaba la curva de sus pechos ni el ceñido contorno de su diminuta cintura. Cuando la había visto por primera vez en la taberna, había imaginado que era una de esas viajeras modernas que se dirigía a Abbot's Holcombe, el complejo hotelero costero situado unos cuantos kilómetros más al norte. No tenía motivos para pensar lo contrario. La señorita Reynolds que él esperaba, una solterona sencilla y sensible como la que había respondido a su anuncio, no había llegado.

Pero resulta que la señorita Reynolds que allí estaba era completamente distinta.

Estaba sentada frente Boothroyd con la espalda erguida y apoyaba unas manos pulcras, elegantes y enguantadas sobre el regazo de un modo hermoso. Contemplaba al huraño administrador con sus enormes ojos de cervatilla color avellana y cuando hablaba lo hacía con un tono dulce y culto propio de una muchacha de buena familia. No, se corrigió Justin. No parecía únicamente alguien de buena familia, sino una auténtica dama.

No tenía nada que ver con las dos recias viudas que Boothroyd acababa de entrevistar para ocupar el puesto de ama de llaves. Irónicamente, aquellas dos mujeres se correspondían mucho más con las especificaciones que había dado, las que le había gritado al administrador hacía ya unos cuantos meses, cuando al hombre se le ocurrió poner un anuncio para que encontrara una esposa.

—No tengo ningún interés en cortejar a nadie —le había dicho—, ni en enjugar las lágrimas de jovencitas necias. Yo necesito una mujer. Alguien a quien la ley obligue a ocuparse de este mausoleo dejado de la mano de Dios. Una mujer con la que pueda acostarme de vez en cuando. Maldita sea, Boothroyd, no he sobrevivido a seis años en la India para vivir como un monje cuando regresara a mi país.

Sus palabras estaban teñidas de frustración, pues por aquel entonces, la última de una larga lista de amas de llaves, se había marchado de la casa sin previo aviso. Aquellas palabras tenían mucho que ver con muchas horas de soledad física y demasiadas copas de licor.

Y Boothroyd se las había tomado al pie de la letra.

La mañana siguiente, antes de que hubiera despertado tras quedarse dormido en compañía de una botella, su eficiente administrador ya había hecho todas las gestiones pertinentes para que el anuncio se publicara en los periódicos de Londres. Se había tratado de un texto breve que iba directamente al grano:

MATRIMONIO: oficial retirado de treinta y dos años, de medios moderados y carácter sereno desea casarse con una solterona o con una viuda de su misma edad. La dama deberá ser sensible, compasiva y capaz de llevar los asuntos domésticos de una casa aislada en el campo. Los medios de que disponga no se tendrán en consideración. Pueden enviar sus cartas, a portes pagados, al señor T. Finchley, calle Fleet.

Al principio se había enfadado. Incluso había amenazado al administrador con despedirlo. Sin embargo, después de algunos días, se había sorprendido al sentirse cada vez más contento con la idea de que una potencial esposa contestara aquel anuncio. Era una idea moderna y eficiente. Directa, como se haría en cualquier transacción de negocios. Las posibles candidatas escribirían a Thomas Finchley, el abogado que tenía en Londres, y este se encargaría de negociar todo lo demás con la misma eficiencia con la que había negociado la compra de la abadía de Greyfriar o las acciones que había adquirido recientemente en la compañía ferroviaria del norte de Devon.

No obstante, no tenía ninguna intención de facilitarle las cosas. Desde el principio había informado tanto a Boothroyd como a Finchley de que no pensaba tomarse molestia alguna en aquel asunto. Si alguna de las candidatas quería conocerlo, tendría que acudir a algún sitio al que él pudiera llegar con su carruaje desde la abadía.

Había pensado que tal condición serviría de medida disuasoria.

No se le había ocurrido pensar que había mujeres que recorrerían tales distancias para conseguir un trabajo. Después de todo, ¿qué era aquel anuncio sino una oferta de trabajo en su casa?

Pasado un tiempo, Finchley había conseguido encontrar una candidata a la que parecía gustarle la idea de vivir en un entorno aislado, en una remota región de la costa de Devon. Justin había llegado incluso a intercambiarse algunas cartas con ella. La señorita Reynolds no había escrito lo suficiente como para que él se hubiera formado una imagen exacta de su personalidad, ni de su belleza, o la falta de ella. Sin embargo, siempre se la había imaginado como una solterona sensata. Una de esas mujeres sensatas que saben afrontar sus obligaciones conyugales con sumisa dignidad. Una solterona que no se echaría a llorar cuando viera las quemaduras que tenía en la cara.

La mera idea de que aquella encantadora criatura pudiera bendecir su mesa y su cama era completamente irrisoria.

Y no porque ella no estuviera decidida.

Aunque eso tenía fácil remedio. Dobló el periódico y se levantó de la silla.

—Ya me encargo yo, Boothroyd.

La señorita Reynolds lo miró a los ojos. Él advirtió el momento exacto en el que ella se dio cuenta de quién era. Había que reconocer no se había echado a llorar, que no se había desmayado ni se había levantado de un salto para salir corriendo de la estancia. Se limitó a mirarlo con la misma extrañeza con la que lo había mirado en la taberna al verle las quemaduras por primera vez.

—Señorita Reynolds —dijo el señor Boothroyd—, permita que le presente al señor Thornhill.

La joven se levantó y le tendió la mano. La tenía pequeña, esbelta, y la llevaba cubierta por un elegante guante negro.

—Señor Thornhill.

—Señorita Reynolds. —la tomó de la mano unos segundos—. Siéntese, por favor.

Él ocupó la silla de Boothroyd y esperó hasta que su leal administrador se hubiera retirado hasta la otra punta del salón antes de clavar la vista en su posible esposa.

La joven tenía el rostro con la forma de un óvalo de porcelana, cremoso, perfecto, enmarcado por un pelo castaño oscuro que llevaba recogido

en un moño enorme en lo alto de la nuca. Tenía la nariz recta, ni muy corta ni muy larga, y la barbilla ligeramente redondeada y firme hasta el punto de la obstinación. De no haber sido por la aterciopelada suavidad de esos ojos de cervatilla, hubiera dado la impresión de ser una mujer orgullosa o incluso arrogante. Y quizá lo fuera, a juzgar por la ropa que llevaba.

Ni que decir tiene que él no tenía ni idea sobre moda femenina, más allá de saber que con tanta presilla, lazos y enaguas como llevaban las mujeres, la cosa resultaba un tanto difícil cuando uno se sentía romántico. Sin embargo, no le hacía falta saber cuál era la diferencia entre una enagua y un paletó para darse cuenta de que todas las prendas que vestía la señorita Reynolds eran de muy buena calidad. Incluso los diminutos botones de su corsé y el moderno cinturón con hebilla que le rodeaba la cintura parecían hechos por la mejor modista.

Comparado con las suyas, las que él había elegido esa mañana para conocer a su futura esposa se veían viejas y de segunda. Peor aún, lo cierto era que él también había empezado a sentirse viejo y de segunda.

—Lamento la decepción —le dijo—. Como puede ver, no soy la clase de hombre que una mujer desearía encontrarse tras un anuncio de matrimonio.

—¿Ah, no? —Ladeó la cabeza. El ligero movimiento la llevó a colocar el pelo en la trayectoria de un pequeño rayo de sol que se colaba por la ventana del salón. La luz brilló un instante iluminando su moderno peinado y revelando matices rojos y dorados sobre su melena castaña—. ¿Por qué lo dice? ¿Es por sus quemaduras?

Al hombre le costó mucho reprimir un escalofrío. Vaya, qué directa era. No había imaginado que una mujercita tan decorativa pudiera hablar tan claro como lo hacía.

—No puede decir que la visión no la ofende. He visto su reacción en la taberna.

Ella frunció el ceño con elegancia.

—No he reaccionado de ninguna forma, señor.

—¿No?

—Quizá me haya sorprendido un poco. Pero no ha sido por sus quemaduras. —A sus mejillas asomó un delicado rubor rosado—. Es usted... muy alto.

Caramba, caramba. Sintió presión en el pecho. No sabía cómo interpretar sus sonrojos, o sus comentarios personales. Ella era una mujer menuda. Se preguntó si lo consideraría demasiado corpulento. Dios, sí, lo era. Y demasiado hostil, demasiado rudo y corriente, y atesoraba toda una serie de rasgos negativos de los que no había sido consciente hasta que estuvo en presencia de ella.

—¿Esperaba un hombre más bajo?

—No, yo... no sabía qué esperar. ¿Cómo iba a saberlo? Jamás mencionó nada en ese sentido en sus cartas.

El hombre recordó entonces las cartas que le había escrito durante aquellos últimos meses, educadas e impersonales. Había hablado de la casa, la abadía de Greyfriar, de las estaciones, del tiempo, del sonido de las olas al impactar contra los acantilados. También le había hablado de que había reparado el tejado, de las nuevas edificaciones y el constante problema que tenía para conservar a los empleados.

Pero no había dedicado ni una sola frase a hablar de su apariencia personal.

—¿Hubiera venido igualmente de haberlo sabido? —le preguntó.

—¿Se refiere a sus quemaduras? —No vaciló ni un segundo—. Sí, creo que sí. Pero no hay forma de demostrarlo ahora, ¿no? Tendrá que confiar en mi palabra.

Él paseó los ojos por su rostro y analizó todos sus rasgos, desde las oscuras cejas que asomaban por encima de sus enormes ojos y la suave curva de sus pómulos, hasta el sensual arco de su labio superior. No era el rostro de una mujer que tuviera que responder a un anuncio de matrimonio para encontrar marido.

¿Confiar en su palabra?

—Supongo que sí —repuso.

—¿Le ocurrió en la India?

Él asintió una vez.

—Durante el levantamiento.

—No he querido presuponerlo. —Hizo una pausa—. Sé algo acerca de los soldados por mi hermano. Él solía hablarme en sus cartas sobre las maniobras de su regimiento y las penurias de los amigos que habían sido heridos durante la batalla. Él también era soldado, ¿sabe?

—¿Ah, sí? —Justin la miró con consideración—. Me había parecido entender que no tenía usted familia.

—Y no la tengo. Ya no. Perdí a mi hermano hace un año en el sitio de Jhansi. —Se le hinchó el pecho al tomar aire algo alterada. Fue entonces cuando se dio cuenta, por primera vez, de que ella estaba temblando—. ¿Es allí dónde le hirieron a usted, señor Thornhill?

No era un asunto del que le gustase mucho hablar, pero no tenía sentido ocultarlo. Lo descubriría tarde o temprano.

—No, en Cawnpore, en el 57.

Brilló un destello en las profundidades de sus ojos de terciopelo. Todo el mundo sabía en Inglaterra lo que había ocurrido en Cawnpore durante el levantamiento, pero, como hermana de un soldado, ella conocería más detalles que la mayoría.

—¿Servía usted a las órdenes del general mayor sir Hugh Wheeler? —preguntó en voz baja—. ¿O llegó usted más tarde, con el brigadier general Neil?

—Con el primero. —Esbozó media sonrisa con actitud burlona—. Puede estar tranquila, señorita Reynolds. No participé en las violaciones y los saqueos perpetrados por las fuerzas de salvamento. Por aquel entonces estaba preso en una cárcel enemiga, donde los rebeldes cipayos me despellejaron vivo. —Ella palideció, pero él no se apiadó—. Las quemaduras y cicatrices que ve no son nada. Las que tengo debajo de la ropa son mucho peores, se lo aseguro.

—Lo lamento mucho.

—¿Ah, sí? —Sintió un indignación irracional contra ella—. Quizá no sienta tanta caridad cristiana cuando me vea junto a usted en el lecho conyugal.

El señor Boothroyd reprimió un rugido de asombro desde donde aguardaba sentado en el otro extremo del salón.

Justin no le hizo caso. Se había concentrado en el rubor ardiente que le subía por el cuello, ese cuello de porcelana, a la señorita Reynolds. Casi le llegaba hasta la raíz del pelo. No había duda de que había logrado que los cimientos de su alma virginal se tambalearan. No le hubiera sorprendido ni mucho menos que se hubiera levantado y le hubiera propinado una bofetada. Se la merecía, desde luego.

Pero la joven no hizo tal cosa.

Al contrario, le sostuvo la mirada, una mirada insolente, y lo hizo sin inmutarse.

—Se acaba de comportar de una manera insolente, señor, y lo ha hecho a propósito. Supongo que está intentando asustarme y no imagino por qué.

«Porque si no te marchas por decisión propia, pronto seré yo quien no te deje marchar».

¿Y entonces qué sería de él?

Atrapado entre las piedras que se hundían y el yeso que se agrietaba en su casa, viviendo con una dama muy infeliz. Tendría una mujer a la que la monotonía aplastaría, en una hacienda húmeda y arruinada, fría y sin personal de servicio. Una dama a la que jamás podría satisfacer, ni aunque viviese cien años.

—Quizá sea porque no parece que sepa usted dónde se está metiendo —le dijo al fin.

—Tonterías. Sé perfectamente lo que obtendré con este acuerdo. De lo contrario no estaría aquí. Si no quiere casarse conmigo, señor Thornhill, solo tiene que decirlo.

—No entiendo por qué querría usted casarse conmigo. —Se cruzó de brazos y se reclinó en la silla mientras escrutaba la menuda figura oculta bajo el vestido—. Espero que no esté metida en ningún lío, señorita Reynolds.

Percibió cómo a ella se le entrecortaba la respiración. Era un sonido inconfundible.

A él se le encogió el corazón. No había otra forma de describirlo. La decepción que sintió fue exquisitamente dolorosa.

Y entonces, y con la misma rapidez, perdió la paciencia.

—Quizá esté buscando esposa de un modo poco convencional, señora —le dijo empleando un tono igual de frío que el que había acostumbrado a utilizar para dirigirse a los subordinados irrespetuosos en la India—, pero no tengo ninguna intención de cargar con el hijo de otro hombre al cerrar el trato.

Ella se quedó con la boca abierta.

—¿Qué?

—Me parece que me ha oído perfectamente.

Hizo ademán de levantarse.

—¿Piensa usted que estoy encinta?

Algo en la voz de la dama lo detuvo en seco. La miró fijamente.

—¿Acaso lo niega?

—¡Sí! —Ahora estaba completamente colorada—. Tal sugerencia es, simplemente, ridícula. Además, eso es del todo imposible.

¿Ridícula e imposible? Le remordía la conciencia. Así que ella era una dama inocente después de todo. O eso o era la mejor actriz que había conocido en su vida.

—Ah —dijo tomando asiento de nuevo—. Entiendo.

Ella alzó la mano para apartarse un mechón de pelo de la cara. Había empezado a temblar de nuevo.

—¿Entonces en qué clase de lío está metida? —le preguntó.

—¿Disculpe?

—Es evidente que hay algo que la ha empujado a contestar a mi anuncio. Si no es porque espera un hijo no deseado, ¿qué es?

La joven bajó la vista. Sus largas y espesas pestañas parecían negras como el hollín sobre el color cremoso de su mejilla.

—Se equivoca usted, señor.

—Y usted está temblando, señora.

Ella entrelazó las manos sobre el regazo.

—Siempre tiemblo cuando estoy nerviosa. No puedo evitarlo.

—¿Eso es todo, señorita Reynolds? ¿Nervios?

Levantó las pestañas y le miró a los ojos.

—¿De verdad importa, señor Thornhill?

Lo consideró un instante.

—Depende. ¿Ha quebrantado usted la ley?

—Claro que no. Solo deseo casarme. Ese es el motivo por el que contesté a su anuncio. Por eso he venido hasta aquí. Si ya ha decidido que no le gusto...

—Claro que sí.

Las palabras se le escaparon antes de poder evitarlo.

Y por mucho que quisiera, tampoco lo lamentaba. Era la pura verdad. Era una mujer asombrosamente hermosa. Se había sentido físicamente atraído por ella desde que se había puesto a su lado en la taberna.

Solo eso ya hubiera bastado. Él ya no era ningún jovencito inexperto que se dejara eclipsar por una cara bonita. Pero había algo más en ella. Algo perdido, vulnerable y extrañamente valeroso. Y eso estimulaba algo más que su ardor. Estimulaba su instinto de protección. Y sentía ganas de protegerla de cualquier peligro.

¿Sería ese el motivo por el que Finchley se la había mandado?

La mera idea le inquietó mucho. No era ningún héroe. En realidad, a juzgar por su pasado, no estaba precisamente calificado para proteger a una mujer. Y Finchley lo sabía.

Pero si albergaba alguna duda sobre su decisión, la reacción de la señorita Reynolds a su declaración la había disipado, de momento.

El alivio se reflejó en el rostro de la dama. Sus delicados ojos color avellana brillaban a causa de lo que mucho se temía fueran lágrimas de gratitud.

—Usted también me gusta —dijo.

—No me sorprende. No es que usted sea muy exigente. —Se aflojó el cuello de la camisa. De pronto, le apretaba—. Solo pide seguridad y un poco de amabilidad, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Y que la mantenga a salvo.

—Sí, señor —repuso ella—. Por encima de todo.